

REFLEXIÓN SEMANAL

SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Gn 3, 9-15. 20; Sal 97, Ef 1, 3-6. 11-12; Lc 1, 26-38

Al sexto mes envió Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David, el nombre de la virgen era María. Y, entrando, le dijo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo." Ella se conturbó por estas palabras y se preguntaba qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: "No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande, se le llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin." María respondió al ángel: "¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?" El ángel le respondió: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y se le llamará Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez y este es ya el sexto mes de la que se decía que era estéril, porque no hay nada imposible para Dios." Dijo María: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra." Y el ángel, dejándola, se fue.

El 8 de diciembre la Iglesia celebra de manera especial la Solemnidad de la Inmaculada Concepción. Es en el Concilio de Basilea de 1439 donde se sugiere la proclamación del dogma de la Inmaculada; siendo el Papa Pío IX quien en 1854 proclama este dogma de fe de la Inmaculada Concepción de María.

El Papa Benedicto XVI nos dice al respecto: «... El fundamento bíblico de este dogma se encuentra en las palabras que el ángel dirigió a la joven de Nazaret: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo" (Lc 1, 28). "Llena de gracia" —en el original griego kecharitoméne— es el nombre más hermoso de María, un nombre que le dio Dios mismo para indicar que desde siempre y para siempre es la amada, la elegida, la escogida para acoger el don más precioso, Jesús, "el amor encarnado de Dios" (Deus caritas est, 12)..» (Benedicto XVI, Ángelus en la Solemnidad de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre de 2006).

Esta solemnidad al celebrarse dentro del Tiempo de Adviento, se ha convertido en un motivo de esperanza sólida para toda la Iglesia cuando se está preparando para recibir al que viene a "bendecirnos con toda clase de bienes espirituales y celestiales". Por esto el Adviento es el marco ideal a la solemnidad de María Inmaculada. La humilde joven de Nazaret, que con su sí al ángel cambió el rumbo de la historia, fue preservada de toda mancha de pecado desde su concepción.

La primera en beneficiarse de la obra de salvación realizada por Cristo fue precisamente ella, María de Nazareth, elegida desde la eternidad para ser su madre. Así el Papa Benedicto XVI nos dice: «... la liturgia nos hace celebrar hoy, cerca de la Navidad, la fiesta solemne de la Inmaculada Concepción de María: el misterio de la gracia de Dios que envolvió desde el primer instante de su existencia

a la criatura destinada a convertirse en la Madre del Redentor, preservándola del contagio del pecado original. Al contemplarla, reconocemos la altura y la belleza del proyecto de Dios para todo hombre: ser santos e inmaculados en el amor (cf. Ef 1, 4), a imagen de nuestro Creador...» (Benedicto XVI, Ángelus en la Solemnidad de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre de 2007).

La celebración de hoy tiene un sentido de gran fiesta en la cual nos unimos a la alabanza de María y se nos invita a cantar al lado de ella gloria al Señor. Celebramos que Dios precedió a María en su vida, que la eligió antes de crear el mundo, que ella fue objeto de una "iniciativa suya", por eso es llamada "...llena de gracia...". Esta gracia concedida a María, también es la expresión de lo que Dios hace con cada uno de nosotros, que nos precede en el amor, que lleva la iniciativa en nuestras vidas para ser "sus hijos en la persona de Cristo".

María agradó a Dios por su humildad dócil: "...He aquí la esclava del Señor...", con estas mismas disposiciones interiores, los creyentes estamos llamados a acoger la voluntad divina en todas las circunstancias de nuestras vidas. En este sentido, es cuestión de dejarnos iluminar por la palabra de Dios, como lo hizo María, dejar que esa palabra penetre en el centro de nuestra vida, en la oración con sinceridad y con el corazón abierto.

La imagen de esta muchacha humilde, preservada del pecado original, sierva en quien se realiza la intervención de Dios; desborda cualquier concepción de María, ella es llamada de repente a formar parte de la historia de la salvación de la humanidad. Y es en esta participación que encuentra el lugar de su fe, de su fidelidad a la voluntad de Dios: sabe decir sí, tiene el coraje de lanzarse en manos de Dios, con la confianza del que en Él todo lo espera y cree: "...hágase en mí según tu palabra...".

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar.